

## Un paso más allá de la historia cultural: los *cultural studies*

Miguel Ángel del Arco Blanco  
Universidad de Granada

Los estudios culturales o *cultural studies* empezaron a aparecer en el Reino Unido a finales de los años cincuenta. Sería en la década siguiente cuando comenzarían a adoptar una morfología más precisa, estableciéndose las bases de lo que actualmente entendemos por ellos. Sin embargo, fue en los años 80 y 90 cuando su epicentro se trasladaría a Estados Unidos: fue el momento del «boom» de los *cultural studies*. Proliferaron estudios y publicaciones, comenzaron a aparecer especialistas de la nueva y flamante disciplina, ocupando posiciones cada vez más preeminentes en las universidades y centros de investigación. En 1990 se celebraría un congreso de *cultural studies* en la Universidad de Illinois al que acudirían alrededor de 900 especialistas. Los mejores trabajos y ponencias aparecerían dos años después en una voluminosa publicación en la que, en una franja promocional de la portada, se insertaba una advertencia imperativa: «si pretendes seguir viviendo en América, lee este libro».<sup>1</sup> Sin duda se trata de una anécdota puntual, seguramente condicionada por la voluntad de dar salida al mercado a una edición académica; pero al mismo tiempo era buen reflejo de la voluntad de la joven disciplina por influir en la sociedad y de su impacto en la academia estadounidense. Pero, anécdotas aparte ¿qué son los estudios culturales? ¿En qué consiste esa disciplina que amenazaba con cambiar el futuro de Estados Unidos?

En las páginas que suceden pretendemos esbozar una rápida panorámica sobre qué son los estudios culturales, disciplina heterogénea, difícil de delimitar y definir. Intentando sintetizar y ofrecer una perspectiva más o menos completa del tema, abordaremos primero el concepto de manera general, ahondando en sus características, su metodología y sus temáticas. Examinaremos después algunas de las complejas teorías en las que se sustenta. Proseguiremos con la historia de su nacimiento y desarrollo, reflexionando sobre sus raíces en el Reino Unido y su exportación a Estados Unidos. Concluiremos con unas valoraciones de los *cultural studies* desde la disciplina de la historia, reflexionando sobre su importancia y sobre los diversos problemas que pueden generar.

### LOS ESTUDIOS CULTURALES: CONCEPTO, METODOLOGÍAS Y TEMÁTICAS

Es difícil encontrar una definición de los *cultural studies*.<sup>2</sup> La propia disciplina se caracteriza por su indefinición, y algunos especialistas sugieren incluso que es positivo que así sea. La dificultad de definirlos deviene probablemente en que, al contrario de otras especialidades, no son una disciplina cerrada, con una teoría perfectamente prefijada o una metodología fija e inmóvil. Para Stuart Hall han tenido y tienen discursos múltiples, han incluido distintas líneas de trabajo y posiciones,

---

<sup>1</sup> Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler, *Cultural Studies*, Nueva York, 1992.

<sup>2</sup> Una introducción básica a la disciplina: Simon During (ed.), *The Cultural Studies Reader*, Londres-Nueva York, 1999.

personas que tenían y tienen distintas trayectorias, un gran número de metodologías y posiciones teóricas diferentes.<sup>3</sup> Es algo complejo, heterogéneo, abierto y en constante crecimiento por la interacción en el mundo contemporáneo. Tanto es así, que algunos no quieren considerar a los estudios culturales como una «disciplina» ortodoxa y monolítica. Prefieren adoptar la denominación de «estudios», reflejando sus préstamos metodológicos de otras disciplinas, su provisionalidad, su flexibilidad, su movilidad, la originalidad de sus perspectivas.<sup>4</sup> Richard Johnson prefiere calificarlos como un «movimiento», una «red», un «proceso», una «especie de alquimia para producir un conocimiento útil»; si se codifican sus conceptos, sus teorías y sus metodologías, las reacciones positivas que produce pueden quedar interrumpidas.<sup>5</sup>

De forma genérica, podríamos calificar a los estudios culturales como la disciplina que, a través de los textos o cualquier manifestación cultural, intenta penetrar en el estudio de la cultura y su interacción con el poder y el contexto en que se inserta. Ahora bien, ¿qué entienden los *cultural studies* por «cultura»? Tratando de definirla, Raymond Williams, uno de los padres fundadores de la disciplina, escribiría que era «una de las dos o tres palabras más complicadas de la lengua inglesa».<sup>6</sup> El concepto de cultura en los estudios culturales romperá con el que dominó en el pasado. Los primeros trabajos pondrán de manifiesto, pero también diversas corrientes de pensamiento y el avance de la historia cultural, que la cultura no era sólo algo reservado a las altas clases sociales. O al menos no sólo eso: por cultura se entenderá desde la «alta cultura» a la «cultura popular», algo multiforme que interaccionará con la sociedad y la política. Será un modo de vida, abarcando ideas, actitudes, prácticas, lenguajes, instituciones o estructuras de poder; pero también será un amplia gama de prácticas culturales: formas artísticas, textos, arquitectura, imágenes, artículos de consumo masivo...

Pero hablar de cultura es hablar de multiformidad. Aún dentro de la cultura occidental, o de la cultura de un mismo país, podemos encontrar contradicciones, distintas líneas de pensamiento, diversas formas de entender en el mundo. Todas esas «brechas» en los discursos oficiales, reflejo evidente de un conflicto entre cultura y poder, serán también objeto de los estudios culturales. El «*multiculturalismo*» es central: ahondar en las culturas que no son hegemónicas, en lo que no es preponderante, en lo que es subalterno.

Los estudios culturales centran su análisis en las sociedades capitalistas modernas, preocupándose por las transformaciones sociales y culturales que han sucedido o están por suceder. Los que participan en la disciplina están estrechamente comprometidos con el presente y la realidad que los rodea: no verán los *cultural studies* únicamente como la crónica del cambio cultural, sino también como una intervención en ese propio cambio, considerándose a sí mismos, además de como investigadores, como participantes políticos comprometidos. Creen que su disciplina es útil, que no es anecdótica: consideran que la cultura promueve cambios y estatismo en las sociedades y, por tanto, sus propios estudios y trabajos, como producciones culturales, pueden marcar la diferencia. Y es aquí donde aparece la vertiente política y más comprometida de los estudios culturales: el estudio de la cultura no tiene sentido si no se estudia su interacción con la política y el contexto histórico en cada momento. De hecho, a pesar de la enorme heterogeneidad existente dentro de la disciplina, existe un compromiso de

---

<sup>3</sup> Stuart Hall, «Cultural Studies and its Theoretical Legacies», en Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler (eds.), *Cultural Studies*, Londres, 1992, pág. 278.

<sup>4</sup> Fred Inglis, *Cultural Studies*, Cambridge, 1993, pág. 227.

<sup>5</sup> Richard Johnson, «What is Cultural Studies Anyway?», *Social Text*, 16, (1986-1987), pág. 38.

<sup>6</sup> Raymond Williams, *Keywords: a vocabulary of culture and society*, Londres, 1983, pág. XVI.

auscultar las prácticas culturales desde el punto de vista de su intrincación con, o dentro, de las relaciones de poder.<sup>7</sup> La cultura es un elemento de poder, con capacidad de cambio, por lo que el estudio de su interacción con el poder establecido (relaciones de resistencia, de dominación o de conflicto) será clave no sólo para entender el mundo de hoy, sino para poder cambiarlo. Y si para los estudios culturales la «cultura» es algo tan amplio, algo que colma todas las esferas de la vida humana, entonces el objeto de estudio será el análisis de todas las relaciones entre todos los elementos de la vida cotidiana. La cultura popular será el ámbito donde la hegemonía surge y se afianza, es un espacio de conflicto y consenso político: y será precisamente eso lo que llame la atención de los primeros culturalistas británicos pues, como afirmaría provocativamente Stuart Hall, si no es por eso, la cultura popular «me importa un pito».<sup>8</sup>

Así pues, los estudios culturales afirman tener ambiciones políticas, pues confieren a su práctica disciplinar una *fuera política*. Sin embargo, no han sido pocos los que han criticado esta visión, argumentando que la influencia política de los *cultural studies* no es más que un deseo y no una realidad.<sup>9</sup> Pero la disciplina se desarrolla a finales del siglo XX y comienzos del XXI. Y su objeto de estudio se centra principalmente en la última mitad del siglo XX: es un momento en el que la cultura, la comunicación y los *mass-media* penetran en las vidas de hombres y mujeres, condicionando su visión del pasado, del presente y del futuro. En la sociedad de la información, la cultura inunda nuestras vidas, es imposible escapar de su influencia o vivir al margen: estamos en constante interacción con ella, condicionando nuestra subjetividad y nuestras acciones. Así, por ejemplo, examinar el concepto de «terror» en medio de la «guerra al terrorismo» abanderada por los Estados Unidos, valorando críticamente los discursos y significados que se nos pretenden inculcar, es sin duda un acto político, pues contribuye a valorar críticamente los valores y la realidad que desde el poder se pretende que aceptemos incondicionalmente.

Al igual que la historia, los estudios culturales se hacen desde el presente. Así, siempre han desplegado un *discurso multiforme* y cambiante, que responde a las condiciones políticas e históricas de cada momento, estando siempre condicionado por el debate historiográfico de actualidad. Buen ejemplo de ello sería el viraje experimentado en las temáticas a comienzos de los años 70: con motivo de las convulsiones del mayo francés, de las universidades americanas, del relanzamiento de los movimientos pacifistas, feministas y la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos, no serán ya solo las cuestiones de clase las que preocupen a los culturalistas, sino que entrarán en escena temáticas relacionadas con el género, las minorías afroamericanas o la no-violencia.<sup>10</sup>

Otra característica de los estudios culturales es su *interdisciplinarietà*. En ellos participan filósofos, filólogos, historiadores, sociólogos, antropólogos, científicos... la práctica de los *cultural studies* es un punto de encuentro móvil y permeable, en el que conviven, se enfrentan y se contrastan los distintos puntos de vista emprendidos desde los más variados ámbitos. Paradójicamente, la indefinición derivada de la

---

<sup>7</sup> Tony Bennett, «Putting Policy into Cultural Studies», en Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula A. Treichler, *Cultural Studies...*, *op. cit.*, pág. 23.

<sup>8</sup> Stuart Hall, «Notas sobre la desconstrucción de "lo popular"», en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, 1984, pág. 109.

<sup>9</sup> Francis Mulhern, *Culture/Metaculture*, Londres, 2000, págs. 169 y ss. Llega a acusar a los estudios culturales de «inmodestia» en cuanto a los objetivos que pretende alcanzar (págs. 173-174).

<sup>10</sup> Un buen compendio de textos de las diversas tendencias de estudios culturales en Ann Gray y Jim McGuigan (ed.), *Studying Culture. An introductory Reader*, Londres, 1997.

interdisciplinariedad define a los estudios culturales. Se considera que sólo a través de miradas tangenciales y heterogéneas, «desde los márgenes», emprendidas desde distintos puntos y metodologías, puede ser estudiado el amplio mundo de la cultura y su relación con el poder. Los estudios culturales extraen lo necesario de cualquier campo para llevar a cabo su proyecto.<sup>11</sup>

La interdisciplinariedad se manifiesta también en los *cuerpos teóricos* que sustentan a los estudios culturales. Han bebido de multitud de influencias teóricas, desde el marxismo al feminismo, pasando por el psicoanálisis, el estructuralismo, el postestructuralismo o el postmodernismo. Pero sin duda, la preocupación por la cultura surgiría como respuesta a un marxismo que, al explicar los fenómenos históricos de forma determinista vinculándolos exclusivamente a los condicionantes económicos y de clase, no daba respuestas satisfactorias.

La interdisciplinariedad condiciona la *metodología* de los *cultural studies*. No tienen una metodología que los distinga. Algunos la han caracterizado como una especie de «bricolaje»: se emplea una u otra metodología en función del tema de cada investigación. La elección del método dependerá de las preguntas que cada investigador se realice en función de cada caso de estudio. Algunos prefieren hablar de «prácticas metodológicas»: es una metodología que sale a la luz en la práctica investigadora, a la hora de enfrentarse a los textos y a las constantes preguntas e interrogatorios a los que se les someten.<sup>12</sup>

Los estudios culturales se enmarcan en un mundo globalizado, moderno y cambiante, por lo que no se considera necesario atarse a una epistemología tradicional: son reacios a adoptar una única disciplina, bajo la idea de que una única metodología determinaría los enfoques, haciendo menos flexibles los resultados y las perspectivas adoptadas en la investigación.<sup>13</sup> Por tanto, ninguna metodología puede ser privilegiada, pero tampoco ninguna descartada. Así, encontraremos análisis de textos, semiótica, etnografía, deconstrucción, análisis estadístico, conceptualización filosófica, entrevistas, análisis fonético, psicoanálisis, historia oral, análisis simbólico o de contenido...

Aunque algunos especialistas consideran a los estudios culturales como «antimetodológicos», se ha intentado fijar el uso de un método triple en la disciplina. Para Nick Couldry, los *cultural studies* son materialistas y reflexivos, ya que se ocupan de estudiar los procesos y auto-cuestionan su labor constantemente; son antipositivistas, no creen en la objetividad a la hora de estudiar la cultura, reconociendo su propia subjetividad y las de las «narraciones» que producen; y son teóricamente eclécticos, al estar inspirados por distintas teorías y corrientes de pensamiento.<sup>14</sup> En todo caso, esta acertada caracterización es demasiado abierta como para apuntar a una sola metodología en los estudios culturales, y responde más bien a una filosofía a la hora de encarar los objetos de estudio.

Las *temáticas*, al igual que las teorías y las metodologías, son dispersas y amplias. Por supuesto, debido a la concepción que tienen de la cultura, los estudios culturales no se limitan a una tradicional historia intelectual, centrada en las

---

<sup>11</sup> Graeme Turner, «“It Works for Me”: British Cultural Studies, Australian Cultural Studies, Australian Film», en Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler, *Cultural Studies*, Nueva York, 1992, pág. 650.

<sup>12</sup> Richard Johnson, Deborah Chambers, Parvati Raghuram and Estella Tincknell, *The Practice of Cultural Studies*, Londres, 2004, págs. 2-4.

<sup>13</sup> Cary Nelson, Paula A. Treichler y Lawrence Grossberg, «Cultural Studies: An Introduction», en Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler, *Cultural Studies*, Nueva York, 1992, pág. 2.

<sup>14</sup> Nick Couldry, *Inside Culture: Re-Imagining Method of Cultural Studies*, Londres, 2000, págs. 1-19.

producciones culturales de una elite o minoría. Van mucho más allá: están comprometidos con el estudio de *todo* lo que ha sido pensado, escrito o representado por los seres humanos. Desde lo que podríamos denominar la «alta cultura» hasta cualquier manifestación de la cultura popular. Y para ello, el texto, las «narrativas», son centrales: en ellos, en su lenguaje, en sus conceptos, se encuentran las prácticas, procesos y significados que reflejan la forma de pensar y entender el mundo, no ya de un autor, sino de la sociedad a la que representa. Las culturas están constituidas por la producción, circulación y consumo de los significados incluidos en los textos (novelas, poesía, artículos, imágenes, publicidad, canciones, películas de cine, espectáculos de televisión...): por ello serán la clave para acercarnos al pensamiento, preocupaciones, valores o forma de ver el mundo de los seres humanos. Son la llave para penetrar en el mundo de la subjetividad del sujeto histórico. Así, los estudios culturales no sólo ahondarán en los textos, sino también en cualquier manifestación cultural a través de la cual se represente la realidad o se transmita un significado. En la era de los medios audiovisuales, analizarán desde las producciones televisivas, a narrativas de ficción, cine, periódicos y revistas, música, o a elementos del consumo o del mundo globalizado.<sup>15</sup>

En conclusión, tratando de sintetizar el amplio significado de los estudios culturales podemos decir que, utilizando un concepto extenso de cultura, legitiman, justifican, celebran y politizan todos los aspectos de la cultura popular, una cultura mirada como algo dinámico y en constante movimiento. Persiguen en sus investigaciones más el conflicto que el orden, huyendo de una concepción de cultura empleada para legitimar la situación existente. Abarcan todos los aspectos de la vida social, pues todos están influidos por una cultura que subsume todo. Son interdisciplinarios y no reconocen ningún tipo de origen disciplinar. Y todo, finalmente, desde el rechazo de los valores absolutos y prefijados.<sup>16</sup>

Tras el surgimiento y conformación de la disciplina en el Reino Unido, actualmente los estudios culturales abordan temas muy diversos y heterogéneos: su propia historia y desarrollo, género y sexualidad, nacionalismo e identidad nacional, colonialismo y postcolonialismo, raza y etnicidad, cultura popular y sus consumidores, ciencia y ecología, políticas de identidad, pedagogía, políticas de estética, instituciones culturales, discurso y textualidad, historia o la cultura en la era de la globalización. En los próximos años, las temáticas pueden ensancharse aún más: la vinculación de los estudios culturales a la realidad de un mundo en constante transformación hará que los temas no puedan delimitarse a los que hemos apuntado.

A pesar de la globalización, los estudios culturales no tienen el mismo arraigo en todos los *lugares* del mundo. Surgieron en el Reino Unido y se extendieron a distintos puntos del planeta: hoy los encontramos en Latinoamérica, Asia, Europa o Australia (teniendo bastante profusión en este último país). Lo cierto es que donde cobrarían más fuerza sería en el mundo anglosajón, especialmente en los Estados Unidos. En la Europa continental, a pesar de existir, no tienen una presencia muy destacada.<sup>17</sup>

A pesar del impresionante desarrollo de la disciplina en todo el mundo, en España su presencia es muy limitada. Es cierto que de unos años a esta parte se registra un viraje hacia la historia cultural, sacando a la luz la importancia de la cultura popular

---

<sup>15</sup> Una introducción a cada uno de ellos en John Storey, *Cultural Studies and the Study of Popular Culture*, Edimburgo, 2003.

<sup>16</sup> Chris Jenks, *Culture*, Londres, 1993, págs. 157-158.

<sup>17</sup> Simon During, *Cultural Studies. A critical introduction*, Nueva York, 2005, pág. 19-26.

en los fenómenos históricos. La temática se centra en el análisis de las identidades grupales y de género, los medios de masas y la cultura popular en todas sus manifestaciones.<sup>18</sup> Pero la mayoría de los trabajos realizados desde España siguen la estela de los estudios culturales británicos, y no de los *cultural studies* de la academia norteamericana.<sup>19</sup> En cambio, los hispanistas británicos y americanos han apostado por ambos enfoques, representados en los trabajos incluidos en algunas monografías.<sup>20</sup> Sin embargo, parece atisbarse el despertar de la disciplina en nuestro país: algunos especialistas comienzan a vincular sus investigaciones a ellos, y en el año 2005 apareció la única revista especializada en estudios culturales.<sup>21</sup>

En definitiva, la amplitud y heterogeneidad de la metodología y temáticas de los estudios culturales no debe hacernos pensar que están huérfanos de un andamiaje epistemológico que los sustente. Están unidos por la aceptación de un concepto extenso y abierto de cultura, por unos objetivos y por una visión crítica del mundo contemporáneo. A todo ello han contribuido, de forma decisiva, toda una serie de teóricos y pensadores sin los cuales la original visión de los estudios culturales hubiese sido, si no imposible, sí distinta.

## LA TEORÍA

Es complicado compendiar aquí los teóricos más influyentes en el nacimiento y desarrollo de los *cultural studies*. Si elaborásemos un catálogo siempre quedaría incompleto, y la propia ordenación de los nombres podría representar alguna injusticia. Podríamos citar a pensadores que van desde Heidegger a Gramsci, Benjamin, Derrida, Foucault, Althusser, Bordieu, Ricoeur, Freud, Lacan, Deleuze, De Certeau, Debord, Barthes o Badiou. Corrientes de pensamiento que podríamos enmarcar en el marxismo, estructuralismo, postmodernismo, psicoanálisis... como demuestra el concepto de cultura mantenido por la disciplina que intentamos abordar, todos influyen e interaccionan entre sí. Teniendo esto presente, nos limitamos a analizar muy brevemente algunas ideas de Gramsci, Althusser y Foucault.

El pensamiento de *Antonio Gramsci* ha sido fundamental para la consolidación y avance de los estudios culturales. Su concepto de «hegemonía» ha sido clave para repensar la cultura popular. El teórico marxista dejó claro que el bloque hegemónico no podía someter a las «clases subalternas» únicamente mediante la represión y la fuerza: su poder también estaba fundamentado en la «hegemonía cultural» que las clases

---

<sup>18</sup> Sören Brinkmann, «Estudios culturales sobre España. El despliegue de un nuevo modo de análisis social», *Iberoamericana. América Latina, España, Portugal: Ensayos sobre letras, historia y sociedad. Notas. Reseñas iberoamericanas*, 15, (2004), págs. 191-202. Sobre el giro a la llamada «historia post-social», Miguel Ángel Cabrera, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, 2001.

<sup>19</sup> Dos buenos ejemplos de ello: Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, 1997; y Jorge Uría (ed.), *La cultura popular en la España contemporánea: doce estudios*, Madrid, 2003.

<sup>20</sup> Por ejemplo, Noël Valis (ed.), *Teaching Representations of the Spanish Civil War*, Nueva York, 2007; y Helen Graham y Jo Labanyi, *Spanish cultural studies: an introduction. The struggle for modernity*, Nueva York, 1996. Destacar también la existencia de la revista *Journal of Spanish Cultural Studies*, publicada desde el año 2000 en el Reino Unido.

<sup>21</sup> Sören Brinkmann, «Estudios culturales sobre España...», págs. 191-202. La revista a la que nos referimos es *La Torre del Virrey* ([www.latorredelvirrey.es](http://www.latorredelvirrey.es)).

dominantes ejercían sobre las sometidas a través del control de los medios de comunicación, la iglesia o la educación. Se impondrá así una cultura que condicione los comportamientos de las clases más humildes, desactivando su potencial revolucionario y siendo controladas.<sup>22</sup>

Louis Althusser también ha resultado esencial para el desarrollo de los *cultural studies*. Da movilidad a los conceptos marxistas de infraestructura y superestructura: piensa que lo económico es determinante, pero concede cierta autonomía al concepto de superestructura, afirmando que su existencia, la existencia de una ideología, es algo necesario para la existencia de la base.

Su contribución más significativa fue tratar de teorizar el concepto de «ideología»: para el filósofo, la ideología es «una "representación" de la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia». Así, empleando términos marxistas, la ideología no representa las relaciones de producción existentes en el mundo, sino «la relación imaginaria» de los individuos con las relaciones de producción y las relaciones que de ella resultan. De esta forma, la ideología hace ver la realidad de forma condicionada y subjetiva, convenciendo a los oprimidos de que la situación es la correcta. La ideología será reproducida por los «aparatos ideológicos del estado», entre los que se encuentran las iglesias, la educación, los sindicatos, la familia, el derecho, la cultura... serán estos aparatos los que «interpelarán» al individuo convirtiéndolo en sujeto que reconoce la ideología dominante.<sup>23</sup>

Notablemente influidos por Gramsci y Althusser, algunos contemplarán la cultura popular como una cultura impuesta desde arriba, como un aparato ideológico de las clases dominantes, impuesto para la preservación del sistema capitalista (estructuralistas, Escuela de Frankfurt, economía política...). Sin embargo, otros concebirán la cultura popular como todo lo contrario: algo al margen de la cultura oficial impuesta por las clases dominantes, algo que surge espontáneamente «desde abajo» y es expresión de la voz del pueblo (historia social, «historia desde abajo»...). Los estudios culturales unirán ambas tendencias: así, la cultura popular será un espacio donde se emprenda una lucha y una negociación entre el bloque dominante y las clases populares, entre «arriba» y «abajo», entre «comercial» y «auténtico», entre «resistencia» e «incorporación»... pues la cultural popular no es más que el «ruedo del consentimiento y la resistencia».<sup>24</sup> En definitiva, mediante el análisis de los textos se sacarán a la luz los discursos oficiales, pero también los silenciados, los de aquellos que viven al margen del sistema o en sus bordes, estudiando las interacciones existentes entre ellos.

El significado de las cosas, como expresión de la realidad, no es algo inmutable o garantizado por naturaleza. Es algo cambiante, en función de las circunstancias... pero también en función de su representación, de cómo es expresado. La forma en la que es representada o expresada la realidad, ya sea a través de imágenes, sonidos o narrativas, constituirá el significado. Es aquí donde entra otro autor sin el que no sería posible comprender los estudios culturales: Michel Foucault. Para el pensador francés, es el discurso el que conforma la realidad, es el texto donde se organiza lo que debe ser o no transmitido, y cómo debe ser transmitido.<sup>25</sup> No se niega la existencia de un mundo fuera

<sup>22</sup> Antonio Gramsci, *Antología*, México D.F., 1987.

<sup>23</sup> Louis Althusser, «Ideología y aparatos ideológicos del Estado», en Slavoj Žižek (comp.), *Ideología: un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, 2003, págs. 115-156.

<sup>24</sup> Stuart Hall, «Notas sobre la deconstrucción...», *art. cit.*, págs. 93-110. Última cita en pág. 109.

<sup>25</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, México D. F., 1972.

del lenguaje: pero es obvio que lo que sucede a nuestro alrededor, la Historia, un conflicto o un suceso es interpretado en función de cómo es transmitido. Para Foucault, es el poder quien produce el conocimiento («el poder produce saber»), no existe poder estable «sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo una relaciones de poder».<sup>26</sup> Este poder crearía así «régimenes de verdad», verdades que deben ser asumidas por el pueblo, que contribuyen a su control y a que acepten la situación. El poder «produce realidad; produce ámbitos de objetos y rituales de verdad».<sup>27</sup> Los estudios culturales acuden al análisis de todas estas representaciones, cuestionando, haciendo preguntas, deconstruyendo el discurso, e intentando sacar a la luz las interrelaciones entre poder y sujeto.

## NACIMIENTO Y DESARROLLO: LOS ESTUDIOS CULTURALES EN EL REINO UNIDO Y EN ESTADOS UNIDOS

### *Los estudios culturales en el Reino Unido*

Aunque el gran desarrollo de los estudios culturales tendría lugar en Estados Unidos, no cabe duda que tuvieron su origen en el Reino Unido. Es difícil hablar de unos precedentes claros, pues la disciplina surgió sin duda de la confluencia de variadas líneas de pensamiento, filósofos, sociólogos, antropólogos e historiadores. Poco a poco se iría creando un terreno propicio para que, a finales de los años 50, surgieran los primeros antecedentes inmediatos.<sup>28</sup>

La segunda mitad de los años 50 es un momento histórico importante. Es 1956 el año en que los tanques del Pacto de Varsovia entran en Budapest ahogando los intentos reformistas del comunismo húngaro; y es el año en que se produce el conflicto del Canal de Suez. Ambos sucesos provocan el descontento de muchos intelectuales británicos de izquierda: muchos abandonan el Partido Comunista y se producen movilizaciones anti-imperialistas. Es entonces cuando una serie de jóvenes intelectuales, de clases medias o populares, acceden a la universidad y realizan propuestas alternativas. Frente al orden establecido, volverán su mirada a la cultura popular, a las tradiciones del pueblo, concebidas como espacios al margen del Estado y de lo oficial, naturales y espontáneas, donde se expresa con mayor nitidez y autenticidad la voz del pueblo. Pondrían de manifiesto la importancia de la propaganda, los medios de comunicación y las costumbres populares sobre los sujetos históricos, ampliando el concepto de cultura y evidenciando cómo el poder la utilizaba para sus fines políticos.<sup>29</sup>

El primer eslabón de la cadena será *Richard Hoggart* quien, en 1957, publica *The Uses of Literacy*.<sup>30</sup> Hoggart comparaba la vida de la clase obrera de la Inglaterra de entreguerras con la cultura de masas aparecida tras la II Guerra Mundial. Centraba su

---

<sup>26</sup> Michel Foucault, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Madrid, 1994, pág. 34.

<sup>27</sup> Michel Foucault, *Vigilar y castigar...*, *op. cit.* pág. 198

<sup>28</sup> Fred Inglis rastrea los orígenes de los *cultural studies* en la época de entreguerras. Sobre los orígenes y el surgimiento de los estudios culturales, ver su fantástica: *Cultural Studies... op.cit.*, caps. 1, 2 y 3.

<sup>29</sup> Stuart Hall, «Cultural Studies: two paradigms», en Stuart Hall, (*et alii*), *Culture, Media, Language: Working papers in Cultural Studies*, London, 1980, págs. 57-72.

<sup>30</sup> Richard Hoggart, *The uses of literacy: aspects of working-class life with special reference to publications and entertainments*, Harmondsworth, 1981.



atención en la cultura popular (bares, tabernas, revistas, clubs para hombres...), conectándola con el comportamiento de los individuos. Demostraba cómo debajo de la nueva cultura impuesta en la posguerra pervivían tradiciones anteriores vinculadas a la tradición popular. A pesar de los tiempos, elementos como la familia o el vecindario seguían siendo parte fundamental de la forma de ver la vida de los obreros.

La idea de la riqueza y valor de la cultura popular, pero también la idea de resistencia al orden cultural industrial estarán también vigentes en las obras de otros dos importantes autores: *Raymond Williams* (1921-1988) y *Edward P. Thompson* (1924-1993). Williams edita en 1958 *Culture and Society*, donde realiza una genealogía del concepto de «cultura» en la sociedad industrial, desde finales del siglo XVIII hasta mediados del XX.<sup>31</sup> Vuelve a utilizar los textos para explorar el inconsciente cultural que conllevaban en cada momento términos como «cultura», «arte», «industria», «democracia» o «masas». Antropológicamente, deja claro cómo las nociones, las prácticas y las formas culturales materializan visiones y actitudes que expresan sistemas de percepción y de sensibilidad. Las formas culturales no eran un mero producto de aventuras estéticas aisladas, sino la manifestación de profundos procesos sociales. Su preocupación por la vinculación entre cultura e ideología le llevaría a publicar en 1961 *The Long Revolution*, donde subraya el papel de los sistemas de educación y comunicación en el cambio social.<sup>32</sup>

*Edward P. Thompson* sería, además de uno de los fundadores de la revista *New Left Review*, uno de los historiadores más relevantes de la época contemporánea. Ejemplificaba a la perfección a los miembros de esta generación británica que daría comienzo a los estudios culturales: en 1956 abandona el partido comunista, convirtiéndose en un activo pacifista, publicando artículos y realizando un trabajo histórico comprometido. Su monumental *The Making of the English Working Class* (1963) supone toda una renovación en la historiografía de su tiempo: desciende al plano de la cultura popular evidenciando la resistencia de las clases populares a las transformaciones derivadas de la revolución industrial.<sup>33</sup> Thompson dejaba en evidencia al marxismo clásico, que consideraba a la cultura como un elemento sometido a la economía; planteaba una visión de la historia en la que cultura y economía interaccionaban: sus obras mostraban como las clases populares, obreros y campesinos, establecían una relación ambivalente de respeto y resistencia hacia el poder y las clases dominantes.

Los renovados planteamientos de los autores citados cobrarán impulso durante los años 60. Desde pequeñas universidades británicas, alentados por un origen generalmente humilde y por un marcado compromiso político, desarrollarán sus trabajos y expandirán sus ideas. Un elemento fundamental para ello será la fundación, en 1960, de la revista *New Left Review*. Y sobre todo, el nacimiento en 1964 del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos en la Universidad de Birmingham (*Centre for Contemporary Cultural Studies*). El Centro agrupará a un variado grupo de intelectuales que mezclarán un profundo compromiso político con el acercamiento hacia temas culturales y, hasta entonces, considerados como menores por la historiografía ortodoxa. En los siguientes quince años verán la luz un abultado número de obras, en las que se empleaban métodos y herramientas de la crítica textual y literaria sobre manifestaciones

---

<sup>31</sup> Raymond Williams, *Cultura y sociedad*, Buenos Aires, 2000.

<sup>32</sup> Raymond Williams, *La larga revolución*, Buenos Aires, 2003.

<sup>33</sup> Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 vols., Barcelona, 1989. Posteriormente, la reunión de artículos en el volumen *Customs in Common* ahondaría en esta dinámica (ver Edward P. Thompson, *Costumbres en común*, Barcelona, 2000).

de la cultura popular. Se pretenderá, siempre, abordar lo social «por abajo», observando el mundo cotidiano de las clases populares y su interacción con el contexto político y económico que les rodeaba. Se trataron temas como el papel de la ideología de clase, la raza, el género, la etnicidad, el papel de los medios de comunicación, siempre en conexión con el contexto sociocultural de cada momento histórico. Desde aquí, en los siguientes años, la preocupación por lo cultural se extenderá como una «mancha de aceite» a diversas disciplinas (historia, arte, sociología, literatura, antropología...), así como a otros países y continentes.<sup>34</sup>

Debemos destacar finalmente los trabajos de *Stuart Hall*, figura imprescindible que, aunque estuvo ligado al Grupo de Birmingham –fue director del Centro de Estudios Culturales–, representa una nueva generación en los estudios culturales británicos. En los años 80 sus trabajos comenzaron a abordar temáticas relacionadas con una sociedad más actual. Su amplísima obra sigue una línea de horizontes siempre abiertos, sabiendo conectar diversos temas y tendencias y siendo, de esta forma, un perfecto representante de los estudios culturales. Hall manifiesta la importancia de la cultura, pues para él es ella la que debe limitar a la política, mostrando qué mecanismos emplea el poder para manipular la sociedad y su conducta social.

Hall da una vuelta de tuerca a la cuestión de la transmisión de mensaje: el significado y la percepción de la realidad no sólo está condicionado por el lenguaje y la transmisión que hacen de él los medios de comunicación, sino también por la propia subjetividad del receptor: hombres y mujeres, en función de sus experiencias, valores, creencias y, en definitiva, subjetividad, decodifican el mensaje y conforman un significado. De esta forma, quedaba claro que todo texto podía tener diversas lecturas, en función del contexto social y personal del receptor.<sup>35</sup>

Y en la subjetividad del receptor es fundamental la ideología. Hall mantendrá que la ideología condiciona nuestra forma de afrontar la experiencia y el modo en que percibimos lo que sucede a nuestro alrededor. Afirma que «no hay una ley que garantice que la ideología de un grupo viene ya dada de una forma inequívoca, y que se corresponda con la posición que mantiene» con su clase social: la relación entre clase e ideología es mucho más compleja. Los sistemas de poder están llenos de contradicciones provocadas por diferencias económicas, de raza, de género... y para Hall lo que se produce realmente es la «articulación» entre los grupos sociales y las distintas ideologías, contribuyendo así a dar una explicación a los fenómenos históricos más allá del determinismo marxista que veía en los condicionantes socio-económicos el único factor explicativo. Pero Hall se cuida en todo momento en limitar la realidad al texto. Influido por post-marxistas como Laclau, afirmará en todo momento que el significado se encuentra siempre condicionado por la articulación que establece con el contexto social de cada momento histórico. Se aleja así de posturas reduccionistas, enlazando ideología y lenguaje con la realidad socioeconómica.<sup>36</sup> Pero además Stuart Hall recupera y revitaliza el concepto de «hegemonía» de Gramsci: el Estado impone a través de los medios de comunicación una serie de valores y significados que

---

<sup>34</sup> Armand Mattelart y Éric Neveu, *Introducción a los estudios culturales*, Barcelona, 2004, págs. 47-57.

<sup>35</sup> Stuart Hall, «Encoding/Decoding», en Stuart Hall (*et. alii*), *Culture, media, language: working papers in cultural studies, 1972-79*, London, 1980, págs. 128-138.

<sup>36</sup> Stuart Hall, «Significado, representación, ideología: Althusser y los debates postestructuralistas», en James Curran, David Morley y Valerie Walkerdine, *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*, Barcelona, 1998, pág. 32 y ss. Para el pensamiento de Ernesto Laclau, ver *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, 1978.

contribuyen a la aceptación común y al consenso hacia la situación establecida. Por supuesto, las democracias occidentales están dentro de las categorizaciones de Hall: también ellas transmiten la ideología del poder a través de una cultura común, que es impuesta como símbolo de los valores «normales», «auténticos» y «verdaderos». Pero para imponer el discurso oficial es necesario liquidar, borrar, hacer olvidar los rastros de estructuras sociales anteriores, otras visiones, otras alternativas, otras culturas. Hall estaba apuntando al camino definitivo que tomarían los estudios culturales: analizar las fuerzas hegemónicas o dirigentes, sociales y culturales, y buscar fuerzas de resistencia, lo minoritario, lo que estaba en los márgenes de lo globalmente aceptado, la diferencia, lo híbrido, lo heterogéneo.<sup>37</sup>

### *Los estudios culturales en Estados Unidos*

Los estudios culturales en Estados Unidos tienen unas características algo diferentes a los desarrollados en el Reino Unido. Tanto es así que algunos han intentado explicar su origen dejando de lado a los culturalistas británicos y apuntando hacia otras influencias (la filosofía de los Frentes Populares de los años 30, el pensamiento de John Dewey o de ciertos escritores).<sup>38</sup> De todas formas, sus débitos hacia la escuela británica son más que evidentes.

Durante los años 80 se produce el «boom» de los estudios culturales americanos. Este fenómeno ha sido justificado de formas diversas, como el interés que despertaba la disciplina respecto al mensaje interesado de los medios de comunicación en una sociedad tan volcada en los *mass-media* como la estadounidense, tal como se refleja en los enfoques que adoptará.<sup>39</sup> Durante esos años, pero también durante los años 90, comenzaron a aparecer una multitud impresionante de trabajos y publicaciones, se celebraron reuniones científicas, congresos y seminarios, y las universidades americanas comenzaron a dar cabida a un ingente número de especialistas enmarcados en la materia, creando cátedras expresamente *de* esa disciplina, los editores comenzaron líneas de publicación en esta línea, se inauguraron programas de postgrado en las universidades más prestigiosas...<sup>40</sup>

Los problemas del crecimiento espectacular no tardaron en manifestarse. Muchos de los trabajos no seguían ni la metodología ni la filosofía de los *cultural studies*: muchos se limitaban a estudiar las manifestaciones culturales sin aplicar crítica alguna o buscar relaciones con el contexto social o político. Tanto fue así que, en el Congreso de Illinois que sancionaría el «boom» de la disciplina, se alertaría sobre el peligro de incluir bajo el término de *cultural studies* trabajos que no estaban para nada preocupados en reflexionar sobre la cultura y la política.<sup>41</sup> Stuart Hall, quien confesaría que dicha explosión le había dejado «completamente perplejo», señalaría el «profundo

---

<sup>37</sup> Stuart Hall (*et alii*), *Policing the Crisis: mugging, the state, and law and order*, Londres, 1978, págs. 208 y ss. También Eugenio Maqueda Cuenca, «Introducción al pensamiento de Stuart Hall», en Genara Pulido Tirado (ed.), *Estudios culturales*, Jaén, 2003, págs. 65-71.

<sup>38</sup> Michael Denning, *Culture in the Age of Three Worlds*, Londres-Nueva York, 2004.

<sup>39</sup> Hanno Hardt, «The return of the "critical" and the challenge of radical dissent: critical theory, cultural studies, and american mass communication research», *Communication Yearbook*, 12, (1989), págs. 558-600. También, Alan O'Connor, «The problem of American cultural studies», en John Storey (Ed.), *What is Cultural Studies?*, Londres, 1996, págs. 188-192.

<sup>40</sup> Chris Jenks, *Culture...*, *op. cit.* págs. 152 y ss.

<sup>41</sup> Cary Nelson, Paula A. Treichler y Lawrence Grossberg, «Cultural Studies...», *art. cit.*, págs. 10-11.

peligro» de tan asombroso desarrollo: la institucionalización podría llevar a la repetición, a una especie de mimetismo o una «ventriloquia deconstructivista» que expulsase de la disciplina cuestiones como el poder, la historia o la política. Desgraciadamente, en algunos casos, sus advertencias se cumplieron. Analizaremos estas cuestiones con más detenimiento en el último epígrafe.<sup>42</sup>

Hoy los *cultural studies* estadounidenses se asocian con el estudio de las minorías, con el «multiculturalismo» y el análisis de la raza, el género y el poder. Lo marginal (siguiendo a Derrida) entra en escena, mostrando su interacción con aquello que ocupa el lugar central. Aunque los trabajos mirarán fuera de las fronteras de Estados Unidos, no cabe duda que la propia sociedad norteamericana y su problemática servirá de inspiración y acicate para el desarrollo de unos *cultural studies* con estas características: la cuestiones de género, la homosexualidad, o las minorías afroamericanas o latinas estarán siempre presentes en la temática e inspirarán el desarrollo de la disciplina. Por supuesto, todo ello se pondrá de manifiesto en los temas abordados, que podríamos sintetizar en cuatro grandes grupos: el «postcolonialismo», lo subalterno, los discursos minoritarios, y el estudio de lo «híbrido».

Los estudios sobre el «postcolonialismo» pondrán de manifiesto las representaciones deformadas e interesadas que Occidente hace de las culturas no-occidentales. En este sentido, será fundamental la obra de Edward Said, *Orientalism* (1978), que abre el camino a esta temática.<sup>43</sup>

En segundo lugar, debemos destacar el grupo de trabajos preocupados con lo «subalterno», con las clases sin poder y dominadas, los grupos sin voz: se centran para ello en el análisis de cuestiones de género, raza, diferencias culturales o de clase. En este sentido, los estudios subalternos encontrarán un amplio espacio donde desarrollarse en temáticas relacionadas con Latinoamérica.<sup>44</sup>

En tercer lugar, se encuentra la línea de investigación que se centra en los discursos minoritarios, rastreando las voces que han quedado silenciadas bajo los discursos y la historia oficial; aquí quedarían agrupados los trabajos relacionados con la memoria y el recuerdo, que han arrojado reflexiones interesantes sobre los periodos de postdictadura.<sup>45</sup>

Y finalmente, hay que destacar los trabajos ocupados de lo «híbrido»: las identidades no son algo estanco ni social ni individualmente, son algo en movimiento, conformadas por diversas influencias. El colonialismo y la globalización dan lugar a identidades híbridas y móviles, para nada dicotómicas.<sup>46</sup>

Como ponen de manifiesto las temáticas abordadas, los estudios culturales en Estados Unidos tienen un carácter más global y universalizador. En las universidades americanas podemos encontrar especialistas en cualquier área del mundo, ofreciendo además visiones más transnacionales e interdisciplinares que, por ejemplo, en el caso británico.

---

<sup>42</sup> Stuart Hall, «Cultural Studies and its Theoretical...», *art. cit.*, págs. 285-286.

<sup>43</sup> Existe una edición española: Edward Said, *Orientalismo*, Madrid, 1990.

<sup>44</sup> Por ejemplo, Gareth Williams, *The Other Side of the Poplar: neoliberalism and subalternity in Latin America*, Durham, 2002. La Universidad de Duke será un centro fundamental para el desarrollo de los «estudios subalternos latinoamericanos».

<sup>45</sup> Un fantástico ejemplo de *cultural studies* sobre España, pero realizado desde Estados Unidos, será la obra de Cristina Moreiras Menor, *Cultura herida: literatura y cine en la España democrática*, Madrid, 2002.

<sup>46</sup> Homi K. Bhabha, *The location of culture*, Londres, 1994.

## LOS ESTUDIOS CULTURALES DESDE LA HISTORIA: TIEMPO HISTÓRICO, PROBLEMAS Y REFLEXIONES

Los estudios culturales no sólo existen por sí mismos: sostienen una estrecha relación con otras disciplinas más institucionalizadas o incluso se realizan desde dentro de las mismas. Tienen unas relaciones complejas y estrechas con la crítica literaria, los estudios de medios, la antropología, la geografía, la sociología, la teoría política y social, y por supuesto, con la historia. A continuación trataremos de mirar a los *cultural studies* desde la perspectiva del historiador, ofreciendo unas reflexiones sobre sus características, problemas y relevancia.

Los *cultural studies* conciben, siguiendo el pensamiento de Paul Ricoeur, al tiempo como algo móvil, flexible. El tiempo está «distendido», se alarga: la mente del ser humano se estira en el tiempo, recordando el pasado, experimentando el presente y tratando de anticiparse al futuro.<sup>47</sup> Por eso, la historia no es suficiente para narrar lo que ha sucedido. Para representar el pasado es necesario combinar dos tipos de narrativas: la propia historia y la ficción. Sólo así es posible asir a un tiempo que se estira por las vivencias, recuerdos y anhelos de los hombres. La narrativa «realista», la historia, reconstruye el pasado indirectamente a través de las fuentes; la ficción crea mundos imaginarios, haciendo pervivir siempre en su discurso partes de realidad.<sup>48</sup> Es esta concepción del tiempo la que confiere a los *cultural studies* su historicidad y razón de ser.

Para los estudios culturales el presente no es más que una expresión del pasado. Todo lo que hoy vemos está vinculado con las generaciones o acontecimientos anteriores. Así, el tiempo no es un vector perfecto cortado en tres puntos: pasado-presente-futuro. Como diría Jacques Derrida tomando las palabras del Hamlet de Shakespeare, «el tiempo está descabalgado» («time is out of joint»): pasado y presente se solapan, pues en el presente conviven muchos espectros y rastros del pasado.<sup>49</sup> Cada acción, cada pensamiento, cada significado conlleva un trazo del pasado: es llevado con nosotros de forma inconsciente. Pero no sólo el pasado que nosotros hemos vivido directamente, sino el que se nos ha transmitido en la esfera familiar o pública. Pero además, el presente siempre mira hacia el futuro: las acciones que se desarrollan, las narrativas y los discursos del presente están condicionados también por un futuro determinado que quiere ser construido.

Esto nos lleva a la concepción de la historia de los estudios culturales. Se levantan, siguiendo a Walter Benjamin, contra esa concepción ilustrada de la historia, entendida como la historia de un progreso sostenido. La historia ha sido siempre escrita por los vencedores, y es necesario desenterrar, desempolvar y remover sus cenizas, rescatar las pequeñas historias de los hombres sin voz, de los vencidos que no han podido escribirla. Los *cultural studies* se proponen andar ese camino, tomar la «historia

---

<sup>47</sup> Paul Ricoeur, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid, 1987, págs. 55-68.

<sup>48</sup> Paul Ricoeur, *Hermeneutics and the human sciences: essays on language, action, and interpretation*, Cambridge-Paris, 1991, pág. 294.

<sup>49</sup> Jacques Derrida, *Espectros de Marx: el Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*, Madrid, 1995, cap. 1.

a contrapelo» para cuestionar un presente y una historia que se nos presenta como impecable, mirando hacia atrás y no dejándose llevar por el «huracán del progreso».<sup>50</sup>

No cabe duda que los estudios culturales pueden jugar un papel clave en la gestión que, desde el poder o los grupos dominantes, se hace del pasado. Esto nos lleva a la cuestión de la «memoria»: no sólo pueden valorar de forma original la historia oficial o la historia silenciada, sino que también pueden adentrarse en la memoria de los individuos. Este es un punto al que los historiadores sociales, políticos o económicos se nos hace difícil llegar. Existen memorias colectivas, impuestas por los vencedores, y existen memorias personales. Memorias que, en todo caso, unen pasado con presente y futuro, pues condicionan el pensamiento y las acciones del sujeto. Por ejemplo, los historiadores podemos valorar que hubo un «pacto de olvido» en la Transición española, pero nunca podremos rastrear cómo en la cultura de esos años existían heridas que para nada encajaban con el discurso impuesto desde arriba: en esos mismos años convivían productos culturales alineados con el poder, conformistas y que apostaban por el olvido (como el cine de Pedro Almodóvar), con narrativas que renunciaban a olvidar y mostraban su desencanto por la llegada de una sociedad democrática y capitalista con la que estaban desilusionados (como la novela *El pianista*, de Manuel Vázquez Montalbán).<sup>51</sup>

Es en el ámbito de lo individual y de la memoria donde los *cultural studies* arrojan cuestiones más sugerentes para el estudio de la historia. Recurren a la interdisciplinariedad que les caracteriza, empleando conceptos y teorías del psicoanálisis para lograr entender el pasado. Así, utilizan términos freudianos como «trauma», «melancolía» o «duelo» para adentrarse en los sentimientos de los seres humanos, buscando explicar comportamientos y actitudes.<sup>52</sup> La evolución del siglo XX exige recurrir a estos conceptos para dar sentido a lo sucedido: por ejemplo, el Holocausto escapa a cualquier medida o racionalidad histórica. Las narrativas de Primo Levi, quien lo experimentó en sus propias carnes, son buena prueba de ello.<sup>53</sup> La proliferación de novelas, películas o documentales sobre la Guerra Civil Española a partir de la muerte de Franco eran expresión de un trauma que debía ser expresado, poniendo así fin a un duelo que trajese la calma. El problema es que todas estas categorías no deben ser aplicadas a grupos sociales, sino a individuos particulares: la experiencia, la historia y sus vivencias son subjetivas y, por tanto, únicas, por lo que no tendría sentido generalizar las repercusiones que un acontecimiento tiene sobre grandes grupos de personas. Además, aplicar estos conceptos a colectividades para interpretar sus acciones puede constituir un peligro por la simplificación de los fenómenos históricos que conlleva.

La concepción que los *cultural studies* tienen del presente es interesante y puede ser útil. Es un presente donde lo «contemporáneo» es fundamental: es un momento marcado por el pasado y que condiciona el futuro. Un tiempo flexible que reconocemos y consideramos propio por su cercanía temporal. Y un presente influido por el postmodernismo y la globalización. El postmodernismo, paradigma consolidado en los años 80, muestra su desaliento y desilusión por la idea de progreso de la humanidad, algo que ve imposible de alcanzar. Supone el colapso de los ideales utópicos de los años

---

<sup>50</sup> Walter Benjamin, *Tesis de la filosofía de la historia*.

<sup>51</sup> Cristina Moreiras Menor, *Cultura herida... op. cit.*

<sup>52</sup> Sobre el concepto de «trauma», ver Cathy Caruth, *Unclaimed Experience. Trauma, Narrative and History*, págs. 1-72. Sobre el «duelo» y la «melancolía», ver Sigmund Freud, «Duelo y melancolía», en *Obras Completas*, Barcelona, 2006.

<sup>53</sup> Por ejemplo, Primo Levi, *Si esto es un hombre*, Barcelona, 2000.

60, la llegada del relativismo como una forma de ver el mundo.<sup>54</sup> Y frente a este modernismo, sobre todo a partir de los años 90, será un presente condicionado por una globalización que lo inunda todo, que saca a la luz los choques culturales y la crisis medioambiental, mostrando que eventos como los atentados terroristas del 11 de septiembre en Nueva York (y sus consecuencias) son fenómenos reales y nada relativos.

El futuro es algo de lo que los historiadores no nos ocupamos aunque siempre esté, de uno u otro modo, en nuestro trabajo. También está presente en los *cultural studies*, y además con cierta vigorosidad. Si los estudios culturales siempre tienen en cuenta su vertiente de compromiso político, que desarrollen su disciplina mirando al futuro es del todo lógico. Durante los años 80 y 90, con el postmodernismo y la caída en desgracia de la idea de historia como progreso, el relativismo y la desilusión frente al futuro salieron a escena. Pero hoy, la idea de progreso ha dejado paso a la idea de «anticipación» al futuro: mediante la racionalidad y el conocimiento acumulado pensamos anticiparnos a lo que sucederá en los próximos años. Así, el futuro se ha convertido en un objeto político fundamental, pues es construido desde el presente. El calentamiento global es el caso más palpable. De este modo, los críticos culturales se lanzan a las narrativas del pasado o del presente para extraer qué futuro se espera, qué futuro se desea, por qué valores se apuestan, cuáles son o eran los miedos de la sociedad hacia el devenir histórico. Pero a la vez esas producciones culturales sobre el futuro proyectan imágenes del presente en el que fueron creadas. Novelas célebres como *1984* de George Orwell o *Un mundo feliz* de Aldous Huxley dan respuesta a muchos interrogantes sobre el futuro, pero también son reflejo de una inestable sociedad de entreguerras y de posguerra, preocupada por un futuro incierto.

Si los estudios culturales cuestionan y someten a crítica las culturas (vencedoras y vencidas) del pasado y del presente, las que se proyecten en el futuro no van a ser una excepción. La cultura puede ser motor de cambio pero también de permanencia: es por ello que critican las políticas culturales que, desde los diversos Estados, se lanzan para comprometer y condicionar un futuro determinado. Políticas culturales dirigidas a aceptar un sistema económico, la existencia de determinadas naciones, la aceptación de ciertos valores comunitarios, etc.<sup>55</sup> Está claro que los paisajes culturales que encontramos en cada momento no son naturales o inevitables, sino que son conformados por ciertas políticas y modos de producción. Otra vez se nos presenta un contraste entre historia y *cultural studies*: por ejemplo, la historia puede estudiar el fenómeno del nacionalismo (incluso de forma más completa, incluyendo en su análisis factores políticos, sociales y económicos, además de ideológicos), pero detiene su tarea en el presente. En cambio, los estudios culturales pueden analizar el nacionalismo desde una perspectiva cultural, proyectando su crítica y sus reflexiones hacia el futuro. No predicen, cual técnica cabalística, qué sucederá en los próximos años, sino que cuestionan el camino trazado para llegar a un punto, lo cual es sin duda saludable.

En definitiva, pensamos que la concepción que los estudios culturales tienen del tiempo puede ser útil para hacer historia. Esta visión líquida y móvil del pasado, presente y futuro, puede aportar miradas sugestivas a nuestra disciplina, haciéndonos huir de posiciones estancas y demasiado estáticas en cuanto a cómo los sujetos históricos ven y participan en la realidad que les rodea. Por otro lado, esta concepción temporal deja más claro todavía que, al estudiar el pasado desde el presente, los historiadores también podemos participar –y participamos–, en lo que acontece en el

---

<sup>54</sup> Fredric Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, 1995.

<sup>55</sup> Simon During, *Cultural Studies...*, op. cit. págs. 73-77.

presente y acontecerá en el futuro. Por otro lado, la concepción *benjaminiana* de historia nos dota de un elemento interesante para someter a constante crítica nuestros enfoques, provocando una reflexión continua, huyendo de visiones triunfalistas de los procesos históricos; es positivo desconfiar del progreso y someterlo a crítica, pues en su nombre siempre se ha justificado la barbarie; y también es positivo plantear una «historia a contrapelo», que huya de discursos hegemónicos, acabados y complacientes.<sup>56</sup>

Los *cultural studies* también plantean problemas. Y han recibido críticas. Harold Bloom, eminente profesor de la Universidad de Yale, los ha criticado duramente. Para él, no han sido más que una moda, un vehículo que han utilizado ciertos especialistas para promocionar dentro de la academia, destruyendo los verdaderos estudios literarios y la verdadera cultura.<sup>57</sup> Terry Eagleton no se opone tan frontalmente, y señala tanto aspectos positivos como negativos, reconociendo las posibilidades teóricas de la práctica cultural: ha quedado atrás la edad de oro de la teoría cultural, los años de Foucault, Derrida, Althusser y tantos otros; sus sucesores desarrollaron ideas originales, las ampliaron, las criticaron y las aplicaron. En los estudios culturales se atisban luces y sombras: luces como los estudios postcoloniales, que ahondan en la diferencia y en las críticas condiciones socioeconómicas del mundo menos desarrollado; y sombras atisbadas en trabajos centrados sobre la cultura de masas y el consumismo capitalista o la modas, mientras que en el resto del mundo vive en unas condiciones de subdesarrollo.<sup>58</sup>

Por otro lado, Fredric Jameson critica el relativismo cultural de los estudios culturales, pero también critica que se hayan convertido en un objeto financiado por algunas universidades, renunciando casi por completo a toda preocupación por las articulaciones histórico-sociales o político económicas de los procesos culturales. Anima a recuperar esas tendencias, que considera como válidas, además de categorías marxistas como «clase social», imprescindibles para vincular cultura con relaciones de poder.<sup>59</sup>

Jim McGuigan les ha achacado que, recientemente, los estudios culturales han perdido todo sentido crítico de las culturas populares: las contemplan, las analizan e incluso las ensalzan, pero no las someten a crítica situándolas dentro de un contexto de relaciones materiales de poder.<sup>60</sup> No cabe duda que el estudio de una cultura *en sí*, sin estudiar las interacciones que tiene con el mundo que le rodea o someterla a una crítica adecuada, sirve de poco. De esta forma algunos estudios culturales se dejan caer en una especie de *arte por el arte*, olvidando la esencial carga crítica y política de la disciplina en la que quieren integrarse.

Pero McGuigan van todavía más allá: no acepta que la cultura popular pueda ser más importante que la «alta cultura». A su juicio, ya no existen criterios absolutos de juicio: lo que es «bueno» y lo que es «malo» está abierto ahora al debate. Quiere volver a un concepto de cultura algo pretérito: la cultura es lo mejor que se ha escrito o se ha dicho, concediendo al consumidor un papel pasivo y una interacción casi nula con la

---

<sup>56</sup> Walter Benjamin, *Tesis... op.cit.*

<sup>57</sup> Harold Bloom, *Cómo leer y por qué*, Barcelona, 2000.

<sup>58</sup> Esta y otras apreciaciones en Terry Eagleton, *Después de la teoría*, Barcelona, 2005, págs. 13-33.

<sup>59</sup> Fredric Jameson, «On cultural studies», *Social Text*, 34, (1993), págs. 17-52. Slavoj Žižek también hace críticas y apreciaciones parecidas. Sobre la cuestión del «multiculturalismo» en los estudios culturales, ver: Slavoj Žižek, «Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo internacional», en Eduardo Grüner (ed.), *Estudios culturales : reflexiones sobre el multiculturalismo*, Buenos Aires, 2001, págs. 137-188.

<sup>60</sup> Jim McGuigan, *Cultural Populism*, Londres-Nueva York, 1992, págs. 2-5.



sociedad que le rodea.<sup>61</sup> Como historiadores, pensamos que no nos debe interesar tanto si un texto es «bueno» o «malo», pues las concepciones pueden cambiar: lo que es «bueno» estéticamente puede ser «malo» políticamente (y a la inversa). Tal como Storey ha afirmado, los estudios culturales deben dedicarse, más que a valorar la calidad estética de las narrativas, a preguntarse qué hace la gente con ellos, qué hace a partir de ellos y, sobre todo, sobre sus interacciones con el poder.<sup>62</sup> Como historiadores, no cabe duda que es ésta vertiente la que nos es más provechosa para conocer el pasado. Por otro lado, calificar a los productos culturales dicotómicamente, diciéndole a la gente corriente qué debe consumir y qué no, nos convertiría en guardianes intencionados de una cultura y, por tanto, de un determinado poder e interés.

Sin duda la cuestión del «multiculturalismo» es importante: reconocer la existencia de otras identidades, de otras narrativas, de otras subjetividades y formas de ver el mundo. Pero no cabe duda que, desde el punto de vista artístico e histórico, siempre es conveniente tener los pies en el suelo. Una manifestación de la cultura popular indígena latinoamericana no tiene por qué ser comparable a cimas de la literatura universal como *Guerra y Paz* de León Tolstoi. Su impacto cultural es sin duda válido, pero no podrá serlo tanto como la obra del novelista ruso. Así, desde el punto de vista histórico, los historiadores siempre debemos tener presente la existencia de una heterogeneidad cultural, de las minorías... pero no podemos olvidar el mayor o menor peso que un elemento cultural tiene en los procesos históricos.

Sin duda, las posturas marginales y minoritarias deben ser sacadas a la luz. Debemos de oponernos a una idea homogénea del mundo y de las civilizaciones. No aceptar la idea de progreso lineal y sostenido; pero tampoco recurrir a viejos mitos reaccionarios preindustriales.<sup>63</sup> Para hacer historia debemos pues huir de discursos hegemónicos, pero también de discursos bipolares: la clave no está ni en la cultura capitalista «triumfante» ni en las sociedades que resisten a ella. Los historiadores debemos escapar de visiones eurocéntricas y hegemónicas... pero tampoco podemos caer en visiones que alaben y pongan por encima de cualquier cosa las visiones minoritarias y acalladas. Debemos reconocer nuestra herencia y matriz eurocéntrica, desarrollando nuestra labor de forma crítica, huyendo de visiones desarrollistas e idílicas sobre el progreso histórico. En definitiva, las palabras de Alberto Moreiras para los estudios culturales en América Latina bien pueden ser aplicadas a nosotros: tenemos que ocupar un «tercer espacio», entre lo hegemónico y lo subalterno, para escribir historia de una forma más crítica, deconstruyendo muchas de los dogmas que tomamos como verdades universales, y vinculando nuestra disciplina aún más con el presente y el futuro.<sup>64</sup>

La relación establecida entre *cultural studies* e historia es interesante. La historia tiene unos métodos más empíricos: se afana por rescatar el pasado, se acerca al contexto, a la bibliografía sobre un tema determinado, trabaja los archivos y documentos históricos de todo tipo. En cambio, los estudios culturales son más teóricos e interdisciplinarios, por lo que quizá miran al pasado de una forma más original, contemplándolo de otra forma y aportando visiones sugestivas, aún a pesar de una seriedad metodológica —en cuanto al quehacer histórico— mucho menor. Tanto la historia

---

<sup>61</sup> *Ibidem*. pág. 159.

<sup>62</sup> John Storey, *Teoría cultural y cultura popular*, Barcelona, 2002, págs. 279-280.

<sup>63</sup> Estas ideas son seguidas en arquitectura por el llamado «regionalismo crítico». Ver: Kenneth Frampton, «Towards a critical regionalism. Six points for an architecture of resistance», págs. 17-33.

<sup>64</sup> Alberto Moreiras, *Tercer espacio: literatura y duelo en América Latina*, Santiago de Chile, 1999, cap. 1.

como los *cultural studies* elaboran narrativas subjetivas. Tan sólo suponen dos enfoques variados que nos ayudan a conocer mejor el pasado, y sobre todo, nuestro presente y el futuro que nos espera.

Así pues, es obvio que quienes practican los estudios culturales trabajan con el tiempo. Realizan, desde otra perspectiva, un trabajo histórico sin ser historiadores. Sin embargo, desde la misma disciplina se reconoce que los *cultural studies* debieran «historizarse» más. Desde siempre se ha llamado la atención sobre esta deficiencia: la fijación extrema en el texto, los «excesos de textualidad» en las investigaciones relegaban a veces a la historia a un plano secundario. Los estudios culturales deben dejar de lado ideas demasiado postmodernistas y comprometerse con la historia, pues es ella quien ofrecerá el contexto social, económico y político en el que enmarcar los discursos y las narrativas objeto de estudio.<sup>65</sup> Por ello, quizá sería necesaria una mayor seriedad histórica en los *cultural studies*: ello no destruiría ni desvanecería su esencia, y sin duda nos ayudaría a comprender más cosas. Sería interesante que los críticos culturales escuchasen algo más a los historiadores, sobre todo a los que se han acercado más a la historia cultural. Al fin y al cabo, no pueden desperdiciar una herramienta tan útil para conocer el pasado.<sup>66</sup>

Pero los historiadores también debemos girar hacia los *cultural studies*: debemos seguir comprendiendo y valorando la importancia de la cultura y de los textos –tanto históricos como de ficción–, para conocer el pasado, mirando y criticando más al presente y al futuro de lo que hoy día hace. Quizá aceptar eso, así como una concepción del tiempo más flexible y acuosa, de mayor relevancia al escribir historia, insertando nuestra labor en un compromiso más fuerte y que de más frutos en el mundo que nos rodea. Seguramente los *cultural studies* tienen poca memoria de la histórica, toman poco en cuenta el pasado. Pero no cabe duda que a veces los historiadores pensamos que el pasado está acabado y se ha ido para siempre, sin tener demasiado en cuenta que seguramente ha dejado algún rastro y que, por qué no, algún fantasma habita entre nosotros.

En todo caso, está claro que los estudios culturales no pueden dejar de incluir la política en sus análisis. Tony Bennett advertía de este peligro ya a comienzos de los años 90: sólo así podrían escapar a distintas forma de banalidad que, ya entonces, se detectaban.<sup>67</sup> Los historiadores tampoco debemos olvidarla: también nosotros escribimos historia desde el presente, pero mirando al futuro, escogiendo los temas que nos preocupan, siempre condicionados por las problemáticas del tiempo en que vivimos.

Los estudios culturales abordan las formas históricas de la consciencia y la subjetividad, es decir, la parte subjetiva de las relaciones sociales.<sup>68</sup> Son, por tanto, una mirada al individuo, a las partes más escondidas del sujeto. De este modo, son un instrumento útil para ahondar en la esfera más íntima del ser humano, en un lugar donde se nos hace difícil llegar a los historiadores con categorías de conjunto. A pesar de todas las deficiencias de los *cultural studies*, lo cierto es que constituyen un medio válido para estudiar y ahondar en los comportamientos individuales.

---

<sup>65</sup> Joel Pfister, «The Americanization of cultural studies», en John Storey (Ed.), *What is Cultural Studies?*, Londres, 1996, pág. 293.

<sup>66</sup> Richard Johnson, Deborah Chambers, Parvati Raghuram and Estella Tincknell, *The Practice...*, *op. cit.* págs. 126-127 y 134.

<sup>67</sup> Tony Bennett, «Putting Policy into Cultural Studies», en Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula A. Treichler, *Cultural Studies...*, *op. cit.*, págs. 32-33.

<sup>68</sup> Richard Johnson, «What is Cultural Studies...», *art. cit.*, pág. 43.

Desde el principio, la vocación de los estudios culturales de influir en la realidad le hizo no querer estar limitados únicamente al ámbito académico. Sería una contradicción que una disciplina que mira globalmente permaneciese cerrada en sí misma y no aspirase a influir en unos medios de comunicación y en el público que recibe su mensaje. Es por ello que siempre aspiraron a tener una audiencia, pasar al gran público e influir en la sociedad. El problema es que pueden correr el peligro de convertirse en algo demasiado periodístico y banal, alejados de su verdadera filosofía y razón de ser. Para especialistas como Simon Doring, sin dejar de prestar atención al mundo de los *mass-media*, el compromiso principal de los estudios culturales debe de estar en el sistema educativo.<sup>69</sup> El compromiso político o el afán por llegar al gran público no pueden estar por encima del rigor académico. Ya lo señalaba Stuart Hall mirando al momento en que veían la luz los estudios culturales: en aquellos años lo que necesitaba la sociedad británica para cambiar y ser cuestionada no era el compromiso político ciego, sino «lo que había en nuestras cabezas».<sup>70</sup>

Hoy la historia se encuentra ante un dilema similar. Podemos producir estudios interesantes y que supongan sugestivos acicates a la historiografía o a nuestra concepción del pasado. Pero si tienen un impacto limitado en la sociedad para la que escribimos su utilidad se ve tristemente limitada. Por otro lado, volcarnos en una labor divulgadora facilitaría que influyésemos en la sociedad, pero podemos hacer que la historia sea cada vez menos útil, al quedar la investigación estancada y no cesar de repetir discursos que acaben convertidos en verdades absolutas.

Los estudios culturales adolecen de un problema similar, si no más radicalizado, que la historia cultural. Metodológicamente, son más interpretativos que explicativos.<sup>71</sup> Se centran más en comprender y entender que en explicar. Así, podemos sacar a la luz la subjetividad del sujeto, por lo que son un arma inestimable; también podemos evidenciar una parte de las relaciones con el poder establecido (de resistencia, de conflictividad o de consenso) que hasta ahora se nos había hecho difícil poner de manifiesto. Sin embargo, la explicación de las transformaciones, valorar hasta qué punto un factor ha sido determinante para que se produzca un cambio o un acontecimiento, queda fuera de nuestro alcance. Seguramente estas preguntas no sean prioritarias para el campo de los *cultural studies*, pero son vitales para nosotros como historiadores.

Pero, a pesar de la precaución con la que debemos tomar los estudios culturales y los problemas que plantean, debemos mirar hacia ellos con atención. Está claro que el pasado no es monopolio nuestro, y estas visiones tangenciales, innovadoras, deben ser, si no traídas a la escritura de la historia, sí ser tenidas en cuenta y condicionar nuestra forma de entender, estudiar y escribir historia.

Sin embargo, cambiar de perspectiva no es siempre fácil. Comenzar a estudiar los textos, las narrativas, no puede ser una mera declaración de intenciones o cambio de perspectivas por el cual cambiaríamos nuestra lente para mirar hacia el pasado por una más «cultural». Las producciones culturales no hablan por sí solas: para acercarnos a ellas necesitamos una metodología, una teoría que nos respalde, un dominio del análisis textual, métodos de observación y análisis precisos, deconstruir los conceptos, etc.<sup>72</sup> Y

---

<sup>69</sup> Simon Doring, *Cultural Studies. A critical... op.cit.*, págs. 39-42.

<sup>70</sup> Stuart Hall, «The emergence of cultural studies and the crisis of the humanities», *October*, 53, (1990), págs. 17-18.

<sup>71</sup> Elena Hernández Sandoica, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Madrid, 2004, págs. 382-383.

<sup>72</sup> Se advertía de esta necesidad en: Carolyn Steedman, «Culture, Cultural Studies, and Historians», en Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula A. Treichler, *Cultural Studies...*, *op. cit.*, págs. 618-619.

obviamente, para aglutinar esa metodología tenemos que mirar más allá de nosotros mismos: sumergirnos y acercarnos a otras disciplinas, a sus teorías y a sus técnicas, pues la interdisciplinariedad es una pieza clave para renovar los enfoques para el estudio de la cultura y el poder.

Tras el fin de la II Guerra Mundial se producen unos fenómenos históricos que cambiarían el mundo contemporáneo para siempre. Asistimos a la llegada de la sociedad de la información, de los avances informáticos y, por supuesto, de la globalización. En esos años se produce la caída del muro de Berlín en 1989 y el derrumbamiento del bloque comunista. Fukuyama proclama entonces el «fin de la Historia», el fin de las ideologías y el triunfo del modelo capitalista. No hablaba sólo de un modelo económico, sino también de un modelo cultural. Años después, en una polémica obra, Samuel Huntington dividiría geopolíticamente el mundo en cinco grandes bloques culturales y llamaba a Occidente a defenderse del peligro del «multiculturalismo».<sup>73</sup> La llegada de inmigrantes a los países más desarrollados provoca en nuestros días choques culturales innegables. Y la «guerra contra el terrorismo» (*war on terrorism*) derivada tras los atentados del 11 de Septiembre de 2001 es planteada, más o menos explícitamente por las partes enfrentadas, como una batalla cultural. No hay duda: en nuestro mundo, la cultura es algo central. Todo ello nos da cuenta de nuestra obligación de prestar atención al estudio de la cultura y su interacción con el poder y la sociedad; es algo que no podemos dejar en manos de manos interesadas. Como historiadores, no cabe duda que los estudios culturales nos ofertan perspectivas interesantes para su estudio. Debemos tenerlos presentes a la hora de escribir historia.

---

<sup>73</sup> Francis Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, 1992; Samuel Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, 1997.